

Francisco Ferrer Lima: “capitán Max”

Los nexos del crimen de Berríos y la muerte de Frei Montalva

El escape del químico de la DINA Eugenio Berríos hacia Uruguay, para eludir la justicia chilena, lo organizó la DINE y se ejecutó el 26 de octubre de 1991. El 8 de noviembre se dictó la orden de detención en su contra y ese mismo día viajó a Montevideo el coronel Francisco Ferrer, jefe del servicio secreto de la DINE. Es el mismo que integró el alto mando de la DINA y participó en el crimen de Tucapel Jiménez y en el seguimiento del ex presidente Eduardo Frei Montalva, bajo el mando de Pinochet a través de la Unidad Antiterrorista.

Por Mónica González

Publicado en la revista Siete+7, nº 6, 19 de abril de 2002

Poco después de iniciada la transición, el 8 de noviembre de 1991, el juez Adolfo Bañados, quien investigaba el crimen de Orlando Letelier, ordenó detener al químico de la DINA, Eugenio Berríos. El hecho no causó revuelo ni titulares. Y en ciertas dependencias de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) hubo más de una sonrisa socarrona. Para entonces, “Hermes”, como lo conocieron en la DINA, ya se encontraba fuera del alcance del juez.

Ese mismo día, vía Pluna, salió de Chile con destino a Uruguay el coronel Francisco Maximiliano Ferrer Lima. Su misión: comprobar el grado de seguridad del “paquete” que el Ejército de Chile, a través de la DINE, le envió a sus colegas uruguayos para eludir a la justicia chilena.

Ferrer sabía muy bien la importancia de la misión que se le había encomendado. No sólo por su condición de jefe del servicio secreto de la DINE. Sabía en detalle los secretos que detentaba Berríos a quien conocía desde los tiempos en que ambos trabajaron para Manuel Contreras, cuando el coronel jefe de la DINA apoyó a Pinochet para la toma del poder total, anulando el poder colegiado que instauró la Junta Militar al derrocar a Salvador Allende.

Y uno de las armas que utilizó fue la represión para neutralizar de manera rápida y eficaz a los adversarios. Y uno de los instrumentos, la fabricación de armas químicas secretas en un cuartel en Lo Curro las que podían servir para un doble objetivo: eliminar sin huellas a los “subversivos” y aumentar el potencial bélico de la seguridad nacional frente a los enemigos del vecindario.

En esos tiempos a Ferrer Lima se le conoció como el “capitán Max”. Sólo a sus más íntimos les daba el apellido de su “chapa”: “Lenou”, un nombre sacado de una novela de espionaje que este oficial se propuso emular al punto que uno de sus subalternos recordó: “su personalidad intelectual y profesional era fantasiosa, como sacado de una novela”.

A la DINA llegó, según su hoja de vida oficial, el 26 de agosto de 1974. Los presos, los sobrevivientes claro está, nunca pudieron saber casi nada de su vida. Reservado al extremo, destacaba por su vestir elegante, su personalidad fría y su trato pedante para con sus iguales. También por ser el hombre que conducía el helicóptero de la DINA y por sus disputas con otro jefe emblemático que tuvo el cuartel “Terranova” (Villa Grimaldi) en esos días: Miguel Krasnoff Martchenko.

En octubre de 1974, en otro cuartel de la DINA, en la cárcel de José Domingo Cañas, se produjo el relevo de Ciro Torr . All  llegó como nuevo jefe “Max”, pocos días antes que celebraran el asesinato de Lumi Videla, la bella dirigente del MIR de larga y negra trenza cuyo cuerpo fue arrojado el 4 de noviembre en la embajada de Italia.

Uno de sus recordados despliegues de sus dotes de piloto lo hizo en enero de 1975, al transportar desde Valparaíso hasta Villa Grimaldi a un grupo de ocho dirigentes del MIR, entre los que estaban Sonia Ríos, el doctor Carabaotes y Fabián Ibarra. Todos ellos hoy desaparecidos. Al llegar, se los encerró en las fatídicas “casas Corvi”, una antigua torre de agua que fue transformada en cuatro cubículos en los que los presos debían permanecer encogidos o encucillados por falta de espacio. El ingenioso diseño fue obra Raúl Toro Montes.

Un día de fines de 1975, Ferrer se fue. Se supo que el “jefe” lo había enviado a Brasil a un curso de inteligencia. A su regreso, llegó directo al cuartel general de la DINA. Se hizo cargo del dossier detenidos desaparecidos que para entonces causaba más de un dolor de cabeza al régimen de Pinochet. En mayo de 1976, Ferrer trabajó en la presentación que haría la Junta ante el organismo respectivo de Naciones Unidas en Ginebra. Uno de sus colaboradores dijo: “Recibí una carpeta de documentación del Comité Pro Paz. Supe por Max que ese material había sido robado por la DINA”.

Pero la labor de Ferrer en la materia fue más allá. Viajó personalmente a Ginebra donde vigiló los pasos y las acciones de los delegados de Chile y también los movimientos de la oposición al régimen militar que presentaban los testimonios de detenidos, desaparecidos, torturas y cárceles secretas, todos los cuales eran refutados como “inventos del comunismo internacional” con información proporcionada por la DINA. Su desplazamiento incluyó Francia y otros países que aún no se determinan, con un pasaporte con falsa identidad (ver foto). Un bache importante a dilucidar, ya que la misión la cumplió con el temido jefe del Departamento Exterior de la DINA, Raúl Eduardo Iturriaga.

Su dedicación fue premiada. En uno de los pocos viajes que hizo Pinochet al extranjero en 1976, a Estados Unidos, Ferrer Lima viajó como escolta. Lo hizo con pasaporte oficial pero bajo su identidad de batalla: Juan Carlos Frez Ramos, un modesto empleado (ver foto).

Secretos y secretos. En 1977, habiendo sido reemplazada la DINA por la CNI, Ferrer Lima volvió a escalar posiciones. Se convirtió en director de la Escuela de Inteligencia en donde se adueñó de las “cátedras” de “servicio secreto y observación”.

A partir de ese año Ferrer inicia su carrera en la DINE. Un organismo que se vio reforzado el 22 de agosto de 1980 cuando una orden secreta emanada del propio Pinochet instauró la Unidad Antiterrorista (UAT) capacitada para “neutralizar, destruir o capturar núcleos de resistencia y conquistar objetivos ocupados por organizaciones subversivas”. Y la orden establece: “la dependencia orgánica permanente de esta UAT será del Ejército. Mantendrá relaciones por el canal técnico con la CNI para los efectos de coordinación. Su empleo en acciones antisubversivas será resuelto por el señor Presidente de la República”. Es decir, Pinochet.

En ese contexto de mando tuvo lugar el asesinato de Tucapel Jiménez, en febrero de 1982. En la operación, como ha quedado demostrado en la investigación judicial del juez Sergio Muñoz, participó una unidad del DINE en la que tenía mando Ferrer Lima, jefe de la Unidad de Contraespionaje.

Si primero Ferrer negó toda participación en el crimen de Jiménez, cuando las confesiones de sus propios autores no le dejaron alternativa, debió confesar, pero minimizó su participación ubicándose como un encubridor: sólo le cupo la tarea de deshacerse del revólver y el cuchillo con que fue asesinado Jiménez, además del taxímetro del vehículo del sindicalista, los que lanzó a las aguas del Canal San Carlos.

Poco creíble fue no obstante su declaración. Lo que aún no confiesa es qué papel jugó en la preparación del crimen la información entregada por uno de sus subalternos –plenamente identificado- y a cargo del seguimiento de dirigentes democratacristianos, principalmente Eduardo Frei Montalva, muerto en extrañas condiciones un mes antes que Tucapel Jiménez.

Un nexo sin duda relevante ahora que se investiga el crimen de Eugenio Berríos y el nombre de Ferrer Lima aparece ligado a la operación que lo sacó de Chile. En efecto, está plenamente comprobado que Berríos fue sacado de Chile por la DINE, por decisión del Ejército, el 26 de octubre de 1991, por tierra. El mismo día un grupo de la DINE salió hacia Argentina vía aérea. Y el día en que despacha la orden de detención de Berríos, Ferrer viaja hacia Uruguay, país en donde ya se encontraba bajo resguardo de los militares uruguayos.

Cuando el químico comenzó a ocasionar problemas, Ferrer volvió a ocuparse del tema asegurando su permanente custodia por miembros de la DINE bajo su mando. Y nuevamente surgen los nexos que acusan: el nombre de aquel subalterno que seguía los pasos de Frei aparece entre los custodios de Berríos.

La vinculación de Ferrer con el caso Berríos no para allí. El 16 de noviembre de 1992, Berríos protagonizó su escape desde la casa donde estaba recluido en Canelones, Uruguay para luego desaparecer y desatando el escándalo que incluso desestabilizó a ese país. Dos meses y medio más tarde, su custodio uruguayo, el oficial Tomás Casella, hizo un viaje secreto a Chile. Viajó directamente a Punta Arenas. Ferrer estuvo al tanto de todos sus desplazamientos. Veinte días más tarde, Casella ofició de edecán de Pinochet cuando éste visitó ese país. El escándalo adquirió otros ribetes el 13 de abril de 1995, cuando apareció el cadáver de Berríos en Uruguay.

El hombre que afirmaba que podía matar a toda la población de Buenos Aires con su gas o sus bacterias, del mismo modo que probó asesinar a varios opositores molestos con el mismo método ya no estaba para molestar con sus secretos. El ahora brigadier Francisco Ferrer Lima fue felicitado por sus superiores.